

hasta nuestra honra, si no tenemos firme la conciencia. Por ella vemos al mundo, en ella concentramos toda nuestra fe, todas nuestras esperanzas. Ama la madre con delirio a sus hijos; y maldice a la patria, no sólo cuando se los arranca para llevarlos al servicio de las armas, sino cuando los llama al cumplimiento de deberes que los separan del hogar donde los meció en la cuna. Arde el ciudadano en amor a la patria; y mira con odio al extranjero y no vacila en llevar al corazón de las demás naciones la desolación y la muerte. Mira hasta con placer devastadas y sumidas en la desesperación y en el llanto a las naciones que irritaron su patriotismo, a pesar de ser hombres quienes las habitan.

“¿Qué mejor que oponer a ese sentimiento, siempre estrecho y egoísta, el gran sentimiento de la humanidad? Cuando la Internacional no hubiera venido más que para derramar ese gran sentimiento de humanidad en el corazón de las muchedumbres, habría tenido su razón de ser en el mundo y habría dejado una profunda huella en la historia del género humano. ¡La patria! ¿Qué es la patria para el campesino que vive en las gargantas de nuestras cordilleras? Apenas si es más que la aldea donde ha nacido y espera morir. ¿Qué es la patria para muchos ciudadanos de nuestras antiguas provincias? Apenas si es más que la provincia donde habla su lengua o su dialecto.

“Vengamos, ahora, a la negación de Dios. ¿Es posible que crea alguno de vosotros que los internacionales hayan puesto la negación de Dios en su programa? Pero quiero suponer que la Asociación Internacional niegue a Dios; ni aún entonces podríais considerar inmoral esta asociación. ¿No os he dicho antes que la ley moral se impone a vuestra conciencia como un mandato categórico? ¿No hay acaso escuelas enteras que, si no niegan a Dios, prescinden de él y son, sin embargo, escuelas morales? Todos vosotros conocéis la moral independiente; profesa el principio de que la moral es independiente de toda creencia religiosa y aun de toda convicción filosófica. Podrá parecernos esta idea más o menos fundada; pero lejos de haber sido acusada de inmoral, ha parecido altamente moral aun a quienes la han combatido.

“Hay otra escuela que goza de gran fama: la escuela positivista. La escuela positivista no niega ni afirma a Dios, porque pretende que no hay más razones para negarle que para afirmarle; y, sin embargo, ha fundado una moral que nos lleva no sólo al cumplimiento del deber, sino también a la abnegación y al sacrificio. Y cuando esto sucede, ¿váis a acusar de inmoralidad a los internacionales, porque niegan a Dios, cosa que, al fin, no han hecho?”

Varias son las razones que hemos tenido para exhumar, por así decirlo, estas páginas inmortales del archivo parlamentario español. La primera, porque, proviniendo la defensa encarada, de un liberal-demócrata de auténtico abolengo como Pi y Margall, y no de un socialista de la época, como Fernando Garrido, por ejemplo, no podrá tildárenos de apasionados ni parciales; la segunda, porque tampoco se podrá decir, dados los tiempos en que aquellas ideas fueron vertidas, que nos valemos de argumentos creados *ad hoc* para aplicarlos a situaciones concretas de los días que corren; y, por último, porque estas transcripciones son de una elocuencia sin paralelo para demostrar que nuestros abuelos abordaban los problemas políticos, sociales, económicos, morales y aun los religiosos con toda valentía y completo dominio de la materia; que no les temían en forma alguna a las ideas; y que, antes bien, saludaban con entusiasmo el advenimiento de las nuevas tendencias y les abrían cauce para que pudieran pasar, sin peligro de que estallaran al choque de la represión.

¿Tendremos que suspirar por los viejos tiempos, en esta época de indecible progreso material, pero de injustificada regresión en materia de tolerancia para la libre expresión del pensamiento y de desánimo para acometer, sin trabas de ningún género, su discusión y examen?

Panamá, 1936.

Llamamiento a las mujeres hispanoamericanas

Del Semanario "Libertad", (Cieze, España.)

Consideramos innecesario afirmar que este "cartel" no se refiere a nuestras compañeras. Ellas no lo precisan. Es a las no familiarizadas con nuestras ideas a quienes nos dirigimos.

Quisiéramos palabras estelares para las mujeres. Pero los socialistas sólo podemos edificar con cosas simples, con números y penas. También las mujeres saben de eso y no sería difícil entre ellas y nosotros tender el puente de la camaradería. Antes es forzoso que se nos excuse si apartamos de nuestra intención la ternura, que nos haría débiles. Y la mujer no quiere debilidad, como no la quiere la tierra.

Estás atada a las viejas creencias y prejuicios de tus padres, que no te dejan ver el copioso torrente de la vida. Tu alma cabe en un padrenuestro. Y la cosa nuestra de cada día no suele ser el pan nuestro, sino el hambre nuestra. Hambre que no tiene contraseña masónica ni socialista; hambre a secas. El motivo es bien sencillo: no se gana lo que se necesita. La mayor parte de lo que rinde estrictamente el esfuerzo tuyo, de tu marido o de tus hijos, va a convertirse en lujo, en abundancia, en valores superfluos, que también harían agradable tu hogar, si te fuera posible decir: "Tanto gano como gasto". Pero la organización capitalista, la red en que te dejas las alas, sólo te paga en moneda una porción de tu fatiga. El resto se lo reserva el patrono, a título de renta o utilidad industrial. Es su privilegio de clase. Con él adquiere ese lujo que deslumbra, mujer, tus afanes mal remunerados.

Todo ello te sabe a verdad y nos ahorra largas explicaciones de carácter científico. ¿Acaso no te basta el contraste que cada minuto verificas entre tu escasez y la abundancia de los rentistas y banqueros? Hay, sin embargo, un peligro, contrario a tu excelente disposición vital. Que caigas en la tentación del lujo por el lujo, o en el pozo sin fondo del misticismo. Dos maneras de que se te compre fácilmente, y que sólo podrás resistir con una maternidad vigorosa o con el alma depurada por el Socialismo.

De la noche a la mañana la República Española te ha dicho: "Eres igual al hombre". Esto no lo es todo. Puedes divorciarte del hombre, votar como el hombre, pero aún no eres como el hombre. Las experiencias que habían cruzado en su terrible travesía política no son las tuyas. Todavía el voto, carece para tí, mujer, del interés esencial que al hombre, educado por el dolor y curtido en los trabajos de dignificación del linaje humano, le merece. Y es tu poco hábito en el empleo y aprecio del voto lo que atrae nuestro cuidado.

La mujer de nuestra raza propende al misticismo. Una vieja llama la consume, que la Iglesia procura mantener viva. La tradición católica cultiva el dolor humano para nutrir a la Iglesia con todas las gabelas y diezmos del renunciamiento vital. ¿Cómo saben los clérigos modelar las almas con el dolor que no sienten! Artífices de la angustia, exaltan las bellezas del padecimiento. Pero su reinado se les va de las manos. Contra el credo de la mansedumbre en la tierra